

Maura Pérez Jaramillo

EL ESPACIO ABIERTO FRANCISCANO
DE TLAXCALA EN EL DISEÑO
CONTEMPORÁNEO



INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

RESEÑA

Instituto Nacional de Antropología e Historia
Colección Conservación y Restauración del Patrimonio, Serie Enlace,
1a edición, México, 2012,
151 pp.

Los espacios sagrados abiertos franciscanos en el diseño actual: Tlaxcala, México

Óscar David Olivo Hernández

Universidad del Mar, Huatulco, Oaxaca, México

odolivo@hotmail.com

Arquitecto por la Universidad La Salle; maestro en Arquitectura por la Universidad Nacional Autónoma de México y candidato a doctor por la Universidad de Salamanca, España. Ha sido becario por distintas instituciones como CONACYT, la Fundación UNAM y el programa de intercambio entre universidades europeas Erasmus en la Universidad de Gante, Bélgica. Miembro fundador del Taller de Crítica de Arte de la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Ha publicado en revistas y periódicos sobre temas de arquitectura y urbanismo, y participado como ponente en diversos foros nacionales e internacionales. Desde el 2000 es profesor-investigador en la Universidad del Mar-Campus Huatulco en el área de Historia del Arte en México, Patrimonio y Turismo cultural.

Los franciscanos fueron la primera de las tres órdenes evangelizadoras que llegaron al “Nuevo Mundo” con el fin de predicar a los indígenas el catolicismo, y los únicos en internarse en Tlaxcala. En 1522, arribaron los flamencos Juan de Tecto, Juan de Aora y Pedro de Gante, este último gran educador de los indios. En 1524 se formó el Capítulo o Junta de franciscanos que se distribuyó en cuatro conventos: México, Texcoco, Tlaxcala y Huejotzingo; conformaron la Junta apostólica de todos los sacerdotes que se encontraban en la Nueva España para organizar la predicación del Evangelio a los nativos. De estos tres primeros franciscanos flamencos, Juan de Tecto y Juan de Aora murieron en la fracasada expedición de Hernán Cortés a Honduras. Tecto murió de hambre, según Mendieta, “arriándose a un árbol de pura flaqueza”; y Aora, a los pocos días de su regreso a México. Fray Pedro de Gante había quedado en Texcoco aprendiendo la lengua.

En mayo de 1524 desembarcó la misión franciscana de “los doce” (apóstoles de la Nueva España) en San Juan de Ulúa, desde donde se dirigieron a pie hasta México. Misión que inició la predicación evangelizadora dirigida por Martín de Valencia, y entre los que se encontraba Toribio de Benavente “*Motolinía*” (“el pobrecito”, en náhuatl). Estos frailes se distribuyeron en el Bajío, el Altiplano central, Tabasco y Yucatán, para la fundación de conventos.

Los conjuntos conventuales franciscanos, agustinos y dominicos en la Nueva España representaron una aportación original a la tipología de la arquitectura durante el siglo de la conquista, todavía no suficientemente valorada. Organizados casi siempre bajo la misma constante espacial: un atrio amurallado, capillas posas en las esquinas, una cruz atrial, una capilla abierta, un templo de una sola nave, el claustro en el lado sur del templo, etcétera. Muchas veces el atrio, al perder su función original, se integró con el tejido urbano. La mayor parte de esos monumentos todavía se encuentran prácticamente en el abandono.

Gracias a la humildad de los primeros franciscanos, así como la apertura intelectual, se les permitió comprender y sorprenderse con la lectura del paisaje construido y su relación con el espacio cósmico de los indígenas, para luego interpretarlo generosamente en sus construcciones monumentales. Sin proponérselo, esos frailes visionarios creaban el eslabón perfecto que permitía la introducción de elementos occidentales en la cultura nativa y la arquitectura novohispana, al igual que la sobrevivencia de una multitud de tradiciones prehispánicas en los grupos étnicos actuales.

Los conventos del siglo XVI fueron siempre una lectura o interpretación edificada que dieron esos frailes etnólogos a los espacios sagrados de los indígenas. A veces con formas sorprendentes, la organización espacial de esos conventos recuerda

a los zigurats (como en el de la ciudad de Tlaxcala, o en el de Izamal, Yucatán); a las mezquitas (como en la capilla real de indios de Cholula, Puebla); y a las mezquitas al aire libre (como en la capilla de indios del primer convento de San Francisco en la Ciudad de México, en el lugar que ahora ocupa la Torre Latinoamericana). No pocos investigadores han consagrado su vida al estudio de estas sorprendentes estructuras; baste mencionar a Georges Kubler, Charles Gibson, Juan Benito Artigas, Carlos Chanfón Olmos, Fidel Chauvet, Gustavo Curiel, Luis Arnal Simón, entre otros. Por eso es plausible que el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) publique *El espacio abierto franciscano de Tlaxcala en el diseño contemporáneo*, Maura Pérez Jaramillo.

El principal acierto de esta autora radica en comprender que, tanto en la ar-



Antiguo convento franciscano en Izamal, Yucatán, que recuerda la forma de un zigurat en la antigua Mesopotamia.
Fotografía: Óscar Olivo



Entrada de la Casa Gálvez (1955) de Luis Barragán, en Chimalistac, reinterpreta el glifo náhuatl *Calli* (casa).

Fotografía: Óscar Olivo

quitectura mesoamericana, en este caso en Tlaxcala, así como en las estructuras de los conventos para la predicación, el espacio abierto significa espacio sagrado. Zona sagrada no sólo referida al espacio construido, sino en su íntima relación con el paisaje. Este último entendido por su relación con el país: el territorio y el entorno; así como con el paisano: el habitante. De esa forma, los frailes constructores del siglo de la evangelización, al igual que en Mesoamérica, fueron “constructores de paisajes”, como Luis Barragán y Carlos Mijares en la arquitectura mexicana contemporánea, tal cual lo ejemplifica acertadamente Maura Pérez Jaramillo. En la obra de Luis Barragán, de alto nivel espiritual por el “sabio manejo de la luz en sus espacios”, se aprecia, por ejemplo, en una de sus obras maestras, el convento de

las monjas sacramentarias en Tlalpan, curiosamente también franciscana. Y en la arquitectura de Carlos Mijares, con el uso magistral de un “material pobre”, el tabique aparente, con propuestas formales muy distintas a las de Barragán, también con una gran riqueza espiritual, como en las iglesias del Perpetuo Socorro en Unión Hidalgo, Hidalgo; la Episcopal, en Las Lomas de Chapultepec, DF; la de San José en Jungapeo, o la de San José Obrero, en La Coyota, Michoacán.

Maura Pérez Jaramillo analiza la relación del espacio abierto con el *genius loci*, “la esencia del lugar”, como explica Luis Arnal en el prólogo. Relación constructora de identidad cultural: en la arquitectura prehispánica, en los espacios monásticos medievales hasta el Renacimiento, y finalmente en las propuestas de los primeros

templos franciscanos para la conversión, destacando que aun siendo cuatro u ocho regiones en el estado cada una guarda sus propias cualidades.

La fusión de las dos culturas se expresa en el espacio abierto del convento a partir de la capilla abierta, el atrio y las capillas posas, que integran los cultos sagrados al aire libre mesoamericanos con los ritos procesionales medievales. De venerar ídolos prehispánicos a transportar imágenes piadosas, el cambio es mínimo.

La siguiente parte del libro corresponde al análisis de los conventos fortaleza de los franciscanos en Tlaxcala, único territorio al que no llegaron los agustinos ni los dominicos, y su relación con los asen-

tamientos prehispánicos: las condiciones geográficas, las técnicas y los materiales constructivos, y la ubicación de los distintos grupos humanos.

La parte medular se enfoca en la estructura espacial de los conventos en los que anexa varios cuadros explicativos y cédulas de cada convento y su entorno. Esta importante información para los especialistas interesados se complementa con la descripción del programa del convento de San Francisco, en la ciudad de Tlaxcala.

En la parte final, la investigadora hace una lectura con una mirada contemporánea de esos espacios históricos, valiéndose de teóricos de la arquitectura y de la historia del arte. Así, entendemos que el



Antiguo convento de Atlihuetzia. Vista desde el atrio principal (actualmente canchas deportivas) del conjunto conventual
Fotografía: Maura Pérez Jaramillo

análisis de los espacios sagrados de los franciscanos no sólo pueden ser un referente para la comprensión de la arquitectura novohispana, sino un antídoto que los franciscanos sembraron en el “Nuevo Mundo” contra “los demonios de la modernidad”, y que sabiamente fueron rescatados por Luis Barragán y Carlos Mijares.

La investigación de Maura Pérez Jaramillo, además de permitir la interpretación y explicación de los monumentos estudiados, constituye un inventario y diagnóstico del estado actual de estos conventos en Tlaxcala, que deberá servir al INAH para emprender acciones inmediatas para la conservación, restauración, protección y estudio de cada uno de los monumentos identificados por la autora. Así, se podrán emprender proyectos de difusión para la presentación y exposición al público. Esas iniciativas deben ser preferentemente previas a la elaboración de itinerarios para el turismo cultural.

Pero más allá de los funcionarios y las instituciones culturales, la salvaguarda de nuestro patrimonio artístico y cultural nos compete a todos los mexicanos. Esta

investigación permite al lector la interpretación creativa de los espacios franciscanos, independientemente de cualquier credo religioso, para encontrar la identidad de nuestras raíces culturales y recuperar el carácter sacro de estas arquitecturas al aire libre, muchas veces invadidas por los comercios. Por eso esta lectura se vuelve recomendable no sólo para los especialistas (estudiosos de la arqueología, la restauración, la historia, el arte, la sociología, el urbanismo o la arquitectura y los diseñadores), sino para que los habitantes valoren la riqueza cultural de nuestros monumentos y se comprometan con su protección, conservación y aprovechamiento. Cualquier proyecto de turismo cultural que se emprenda, deberá considerar la participación y el beneficio de la población local.

Esta minuciosa investigación podrá servir para documentar el expediente y solicitar la inscripción ante la UNESCO de estos monumentos que, al igual que los que se encuentran en las faldas de los volcanes, también merecen ser considerados Patrimonio de la Humanidad. ■